

# HAY QUE CUMPLIR LOS COMPROMISOS DE LA LUCHA ANTIFASCISTA NEGAR LAS CONQUISTAS OBRERAS ES SERVIR AL ENEMIGO

Al asumir la responsabilidad de participar en los órganos gubernamentales para la lucha común contra el fascismo, hemos definido claramente nuestra posición, nuestra finalidad inmediata y los métodos de actuación.

Acceptamos la colaboración con los demás sectores antifascistas y sobre todo con aquellos que se dicen proletarios, con la condición de concentrar todas las energías, adoptar todas las medidas posibles para el aplastamiento del fascismo y para evitar su resurrección bajo cualquier forma.

Era necesario hacer la guerra, una guerra implacable, para la cual todos los sacrificios son pocos. Los trabajadores, en primer término los confederados, habían aportado espontáneamente tales sacrificios y los siguen aportando. Como siempre, todo el peso de la guerra recae especialmente sobre el proletariado. Y eso no podía ser, no podía ni puede tolerarse. No sólo por equidad, sino también para la mayor eficacia en la lucha es necesario que el sacrificio sea igual para todos, que no haya privilegios de ninguna especie, que los combatientes de primera fila tuviesen en todo momento la seguridad de que sus esfuerzos no serían aprovechados por el miedo de nadie, que, en suma, no se repetirían una vez más los vicios del pasado.

Esto implica entrar resueltamente por el camino de la Revolución. No ya la revolución específica de tal partido o tendencia, no ya la revolución integral, libertaria, sino simplemente la revolución para la guerra antifascista. Sin ella no es posible vencer. Sin ese espíritu revolucionario que inflamó las masas en las jornadas de julio no se hubiera derrotado al fas-

cismo en los centros más importantes de España. Una trágica experiencia vivida en todo el mundo y en nuestro propio país, ha demostrado que con los métodos clásicos de la democracia no era posible oponerse al terrible flagelo; que había que ir a fondo, con procedimientos audaces y decisivos. El proletariado empleó esos métodos en julio. La C. N. T. y la F. A. I. preconizó en todo momento. Ha hecho de ellos su bandera de lucha inmediata y la condición lógica de una real colaboración antifascista.

Hemos dicho que hay que poner todo a contribución para la guerra por la libertad. Quiere decir que el interés privado, el mezquino interés de una burguesía que aún quiere especular, debe desaparecer ante las necesidades colectivas y sobre todo las necesidades de la guerra. De ahí la consigna de socializar las industrias, promover la colectivización agraria y establecer un estricto control sobre el comercio. La retaguardia debía completar la obra heroica de los luchadores del frente. Había que dar a éstos la seguridad de que nadie medraba a sus espaldas, que no se sacrificaban para dar vida a una nueva burocracia emboscada, que no volverían para enroscarse con nuevos ricos y emboscados.

Era y sigue siendo este el sentido inmediato de la revolución antifascista. Revolución que por cierto no iba a realizarse de un golpe todas nuestras aspiraciones, pero que significaba un gran paso hacia su realización final. Ha sido y es también la condición previa, lógica, inconcebible, de una real colaboración entre los sectores realmente antifascistas y desde luego entre los sectores proletarios.

Por lo demás, existen compromisos precisos

acerca de ese punto. Por nuestra parte renunciamos a las reivindicaciones totales, admitimos la colaboración temporal dentro de las instituciones oficiales, dejamos de lado ciertos métodos de lucha, pero a condición de que los demás también hicieran abandono de sus viejos procedimientos, los del reformismo legalitario y de la rutina burguesa, mucho más inadecuados y peligrosos para la guerra antifascista que lo que pudiera ser cualquier extremismo obrero revolucionario.

Lanzados por ese camino, se han obtenido ya, pese a enormes obstáculos, resultados sorprendentes. He ahí la labor de nuestros sindicatos industriales, sin cuya gestión hubiera sobrevivido el caos económico. He ahí las colectividades agrarias, instrumento adecuado para un abastecimiento racional de las ciudades y los frentes de guerra. He ahí, en fin, todas las manifestaciones de solidaridad y heroísmo que el proletariado ha puesto a contribución de la guerra contra el fascismo.

Pero he ahí que estando esa lucha en un momento álgido, cuando más necesaria es la colaboración de todos, vienen ciertos sectores políticos a poner en peligro la unidad, a socavar la base más firme del bloque antifascista, a poner en cuestión las conquistas más esenciales del proletariado.

Son precisamente los que siempre invocaron el clasicismo obrero, que aún se llaman marxistas, los que toman esa actitud insensata. En plena lucha contra el fascismo y la burguesía internacional, ante la conspiración y el sabotaje de una burguesía internacional que tan mal corresponde a la generosidad del proletariado, pretenden acabar con las conquistas sociales,

volver ahora mismo a la república burguesa, borrar en suma cuanto el proletariado ha logrado afirmar a costa de durísimos sacrificios. Pretenden, vanamente, imponer un retroceso.

Y como somos nosotros, como es la C. N. T. y la F. A. I., los que reivindicamos por encima de todo esas conquistas, es contra nosotros que se desata una ofensiva tan descañalada como sistemática, tendiente a aislarlos de los demás sectores antifascistas y canalizar contra nosotros todo el odio de quienes se sienten desplazados por la revolución proletaria y a cuyas mezquinas ambiciones somos un obstáculo insalvable.

Contrafascista, esa actitud insensata y desleal. Pretenden desconocer, cerrar el camino a las conquistas obreras es favorecer al enemigo rompiendo el bloque de la libertad. Hemos hecho enormes sacrificios, en el orden político como en el orden material. No permitiremos que esos sacrificios sean vanos, que la causa del pueblo sea burlada una vez más. Estamos en pie de guerra contra el fascismo y la reacción contrarrevolucionaria que tiene ahora por portavoces a ciertas fracciones que llaman democráticas y obreristas. Piensen en la enorme responsabilidad que contraen al atacar en plena lucha a nuestras organizaciones, al negar sus conquistas al proletariado, al querer volver a un pasado que murió definitivamente en las jornadas de julio.

Por nuestra parte, siempre dispuestos a cumplir los compromisos contraídos, estaremos en nuestro puesto de lucha contra el fascismo y defendemos hasta el final la Revolución que todos hemos aceptado.

## LA MUJER EN LA LUCHA

Son las diez de la noche y aún no se ha hecho la apertura del acto. Se anunció el mitin para las ocho y media. La sala del cine está repleta. La compañera designada para presidir ha hecho varias tentativas para acercarse a la tribuna. Otras tantas se ha desistido. Por primera vez se habla en público. Se siente cohibida y nerviosa; tiene hacer un mal papel. Pero el público comienza a impacientarse. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, toda temblorosa, avanza unos pasos y se coloca detrás de la mesa del proscenio. La gente en grandes le invade las mejillas y le castiga las arterias del cuello y de la frente. Se siente como desfallecer. Sus primeras palabras suenan muy baja. Pero el silencio absoluto y la atención con que se escuchaba, la animan progresivamente. Hasta llega a terminar con aplomo su breve discurso. Ya, no queda estático mirándola. Me parece oír ruidos de cadenas rotas como cuando nace un pollito; murmullo de palmas que se replenan de oxígeno en plena montaña entre cielo y tierra; estallido de cadenas deshechas...

Cierra los ojos. He sorprendido el misterio de un bruto en estólido. Mujeres audaces, espíritus templados casi de golpe en la roja fragua de la Gran Revolución! Mujeres nuevas que se usan a la vida; perfumadas brutas de rosas en el magnífico teatro de la España proletaria, donde se abren a millones floras encarnadas de sangre obrera, de sangre mártir, de sangre "nuestra".

— ¿Crisis? ¿De qué? ¡Ya así no se puede comer!...  
— No. De gobierno. Así dice mi amo.  
— ¡Ah, voy! Eso no tiene importancia.  
— Pues dice mi amo que la tiene y mucha. Que todos hemos de pagar las consecuencias.  
— Ya... Mira, tú y yo y todas las millones vivimos mal con o sin crisis. De tiempo en tiempo nos salen con la novedad esa: ¡Una crisis! Pero pronto queda terminada la crisis. Como y por qué se produjo y de qué modo se arregló, nosotros no la sabemos. A nosotros no nos consultan ni nos comunican nada. El gobierno sigue por su camino y nosotros por el nuestro. Somos siempre las mismas esclavas explotadas y despreciadas. Con que...  
— ¿Quién sabe qué misterio hay en todo eso?  
— Ningún misterio. Yo he leído algunas cosas, sabes, y he comprendido que nada cambiará hasta que los trabajadores supriman todos los gobiernos y manejen todo por sí mismos.  
— ¡Pero es imposible estar sin gobierno!  
— ¡No digas tonterías, mujer! ¡No ilice tu amo "que las consecuencias de la crisis las pagaremos todos"! Bueno, quiere decir que evitamos la crisis acaba el día.  
Ahora que la única manera de impedir la crisis es sacar al gobierno de en medio. ¿Estamos? Además, ¡hoy hay rey o hay república nuestra suerte es la misma. Está visto que los gobiernos no se ocupan de nosotros. ¿Para que los queramos entonces? ¿Para que hagan crisis y nos perjudiquen más? ¿No te parece que sin gobierno estaríamos mejor? Tendríamos un enemigo menos un mal menor. ¿Comprendes?

Todos se vuelven para mirarla. Los ojos conceptivos de los hombres la siguen largo trecho. Viste magníficas puestas y sedas riquísimas. Sus joyas deslumbran. "Eso" en España? ¿En Barcelona? ¿Industria? ¿Es que no han llegado al corazón de todos, las rías de sangre ínterna que corren en todos los frentes? ¿Es que no llega a los oídos de todos el llanto de los niños que corren de pan y de abrigo?  
¡Sí! Pero... "eso" no es una mujer. "Eso" es una hembra, nada más que una hembra.

Tendrá noventa años esta mujer? ¿O cien? ¿O más? Tiene la piel muy blanca, excesivamente blanca; se dice que debajo de ella la carne está muerta. No miles, millones de pliegues surcan sus mejillas. Las manos, como paréntesis desnudo de hoja seca, tiemblan continuamente. Su vestido negro no hace pensar en el largo dolor de su larga vida. Por disminuir una ligera bajamos los párpados nuestra pupila rosa sus blanquitas al parpadeo, tan blancas como su cutis, más blancas que su cabello de plata. ¿Qué infinito tesoro de amor y abnegación ha prodigado este trabajado espíritu? ¿Cuántos seres queridos ha perdido en el complejo tráfico del mundo? ¿Cuántas veces sus pobres manos laboriosas habrán acariciado los fríos barros de los cárceles buscando el tibio contacto de una mejilla umada? ¿Cuántas lágrimas habrá sorbido, como lava hirviendo, su corazón estropeado, mientras los dolientes labios iluminaban su santa cara con una dulce sonrisa de aliento y de esperanza para el hijo perseguido, torturado, coqueado por las literas inhumanas hambrientas de dominio y de oro!



Lo que pensaban hacer con España

## Delegado de la C. G. T. de Chile

Como miembro de la Asociación Continental Americana de los Trabajadores (A. C. A. T.), sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores (A. I. T.), la Confederación General del Trabajo de Chile ha venido afrontando una vigorosa lucha contra el nazismo cuya organización armada y dirigida por militares alemanes domina en el sur de ese país y al mismo tiempo realiza una intensa labor ilustrativa acerca de la revolución española, tendiente a levantar el nivel ideológico del proletariado chileno que tantas jornadas brutas afrontara contra el capitalismo nacional e imperialista que le agobia, como a producir la acción práctica de solidaridad que cada día se sentía más en el exterior pese a la reacción de los respectivos gobiernos.

Ha establecido contacto con el Comité Peninsular de la F. A. I. y se halla actualmente en Valencia coordinando tareas con el Comité Nacional de la C. N. T., el camarada Pedro López, delegado directo de los trabajadores anarcosindicalistas chilenos, de quien recogemos el saludo fraternal hacia todos los trabajadores españoles y en quien saludamos a los camaradas que desde países tan distantes vibran en el mismo fervor libertario y emplean sus acciones en la misma voluntad de destrozarse para siempre la sangrienta internacional capitalista.

Ahora, mira ahí. En medio de la plaza, entre dos pancartas anarquistas. Con una mano sujeta sobre el pecho las puntas del pañuelo rojo que lleva devotamente al cuello. Sacan los acordes del himno del pueblo y la diminuta viejecilla, toda arrugada, toda dolor, toda fe, levanta el puño y se esfuerza por mantener erguido el fatigado cuerpo. ¡Mira, compañera, es la imagen reditosa de todos los oprimidos, de todos los humildes, de todos los justos caídos en lo largo de la lucha emancipadora! Mira, sus ojos ya no lloran, su faz se transfigura. ¡Siente resucitar a todos sus muertos en la proximidad de la Victoria! Sus hijos, sus nietos, sonríen en su emocionada sonrisa a la Revolución en marcha. ¡He vencido al fin!

## Crónicas de Aragón

Del pueblo X, donde estaba de descanso, parte para el frente el Batallón "Kropotkin"

Entusiasmados, con sincera y visible alegría en los rostros, nuestros milicianos se aprestan para partir en dirección al frente. Cantos revolucionarios, vivas a la C. N. T. y a la F. A. I., llenan el espacio. Atmósfera revolucionaria por doquier. Un solo deseo invade a todos: muerte a la hiena fascista.  
Ello se percibe tanto en las miradas de los milicianos que se disponen a partir como en las gentes del pueblo que los saludan con el puño en alto.

Me aproximo a un joven miliciano que, con todo su equipaje guerrero, se dispone a subir a un autocar.

— ¿Qué batallón parte, camarada?

— El batallón "Kropotkin".

— ¿A dónde irá?

Nuestro miliciano me mira de pies a cabeza. Una imperceptible sonrisa se dibuja en sus labios.

— No sé, compañero. Pero tú dispensarás, aunque lo supiera no se lo diré.

Comprendo. Yo no quiero cometer una indiscreción. Le estrecho fuertemente la mano y me separo de él.

— Oye, compañero — me grita otro miliciano que escuchaba nuestra conversación. — cualquier infame que necesites, debes dirigerte al comandante del batallón, camarada Figueroa.

Como le dijera que no le conocía, él mismo me lleva ante su presencia. Figueroa es el tipo del anarquista militante. Sencillo, activo, todo dinamismo. Anda de un lado para otro dando órdenes. Responde con precisión a cualquier pregunta.

— ¿...?

— Ya ves, camarada. Con esta elevada moral de guerra que acusa nuestros milicianos, con esa alegría que se apodera de todos ante la sola idea de partir para las trincheras, quien no se siente optimista sobre los resultados de la guerra es porque tiene ojos y no ve. Es tanto el afán de acabar con el fascismo que cuando no se batan, nuestros muchachos andan tristes y cubibajos. Tú mismo puedes apreciarlo. Anda a interroga a cualquiera de ellos. Todos te contestarán igual: "queremos exterminar de inmediato al fascismo, ganar la guerra y hacer la Revolución".

Efectivamente, las palabras del camarada Figueroa no eran simples frases de ocasión, sino la constatación de un alto espíritu de guerra que es ya animado en nuestro Ejército popular, persuadido como está de hacer la Revolución y ganar esta guerra a que la canalla capitalista nos arrastra.

— ¿A qué frente irá?

— ¡Ah! Eso ya es harina de otro costal. La guerra... es la guerra. Y ésta, entre otras cosas, obliga a expresarse con mucha discreción.

En este instante, un compañero solicita su presencia en alguna parte. Nos despedimos, no sin antes encargarnos enviara sus saludos a los compañeros de la retaguardia, por intermedio de Tierra y Libertad.

Los cantos revolucionarios "Hijos del pueblo" y "A las barricadas" pueblan el espacio.

— Oye, tú — le dice un miliciano a una joven moza, — ¿has ido muy pronto?

— ¿Por qué no me llevas? Ya también quiero combatir. ¿Verdad? que con las ganas que tengo a esos miserables fascistas!

Así como esa muchacha que quiere luchar, marchará todo el pueblo junto con el batallón "Kropotkin". Es tanto el odio que se nota en estos campesinos de Aragón contra el fascismo, que, a buen seguro, la joven de las ansias santas de combate no hacía más que interceptar el deseo de cuantos presenciaban la partida.

Las sirenas de los coches comienzan a funcionar. Piden vía libre. Apretamos de manos. Se multiplican los vivas a la F. A. I. y a la C. N. T. Están en el alma de los combatientes nuestras organizaciones. Saben que la organización se honra con su voluntario sacrificio. Van a dar la vida, cumpliendo un deber. Son revolucionarios.

Contos y vivas. Alegría indescriptible. Así va el Batallón "Kropotkin" — así van todos los batallones del pueblo — a las trincheras. A la victoria.

Y mientras se van, piensa que con un pueblo y unos soldados de tan leonada moral de combate — pues pueblo y soldados se confunden en un único frente de lucha, — no hay guerra que no se gane.

ANTONIO CASANOVÁ  
(Corresponsal)

Frente de Huesca.

El proletariado no puede detenerse para conformar a los drácos y pequeños burgueses, aunque digan lo contrario ciertos socialistas... enemigos de la socialización.

## Por encima de los políticos demagogos... (Viene de la página 1)

países. Ha hecho de los Sindicatos campo de experimentación para el logro de ambiciones partidistas y la satisfacción de intereses políticos, ajenos a la verdadera misión de la organización obrera. La política, desviando a los Sindicatos, ha sido el principal inclinado que llevó al abismo a nuestros hermanos de Italia y de Alemania. La política de los jefes aferrados a sus afanes de dominación, ha sido fatal en todas las épocas para la clase proletaria.

También aquí y ahora, hombres que obedecen más que al sentimiento y, al interés de la clase trabajadora al de su partido y al de sus personales ambiciones, están contra la unidad proletaria, han tomado posiciones contra la alianza obrera revolucionaria.

Y esos hombres hacen lo posible por desprestigiar a la Confederación Nacional del Trabajo. Esos hombres manobran para crear abismo entre vosotros y vuestros camaradas anarcosindicalistas. Esos hombres no quieren la Revolución que ha de emanciparos y se ponen al servicio de una clase que no es la vuestra. Esos hombres no están en el llano; son, por el contrario, dirigentes sindicales de vuestra organización, aunque no os consultan a vosotros, sino que responden a su partido. Utilizan a su favor a vuestra central obrera, haciendo malévolas combinaciones para hundir al proletariado confederal, que os tiende os brazos para sellar la alianza de la victoria.

Quizás, mañana, cuando en toda España sea un hecho la unidad, cuando en frentes y retaguardia se proclame la realización de la alianza, debáis vosotros, traba-

jadores de Cataluña, saltar por encima de la política de los demagogos, si éstos no renuncian, ante la oleada unificacionista, a sus pretensiones.

No dudamos de vuestra firme disposición para hacer en el plano regional lo que ya habéis hecho realidad en muchas fábricas, empresas, industrias y pueblos. No dudamos de que impondréis vuestra voluntad.

La Confederación Regional del Trabajo ha fijado posiciones claras en su reciente Congreso de Sindicatos. Las asambleas conjuntas deben ser realizadas. Ellas fundirán en la base, el metal de la alianza obrera. ¡Reuníos, camaradas, para estudiar un mismo problema y hallar una misma solución: el triunfo en la guerra y en la Revolución!

¿Para qué la alianza obrera revolucionaria? ¿Para qué la unidad, por encima de los que la traicionen o dificulten!

¿Para coordinar la acción económica de manera eficaz y como lo reclaman las necesidades de la guerra! ¿Para coordinar la intensificación del trabajo en las industrias de guerra! ¿Para desarrollar un plan conjunto de socialización industrial y agrícola! ¿Para defender la Revolución contra todas las traiciones y desviaciones! ¿Para concretar un programa común de realizaciones en el plano de la economía, dando a los Sindicatos las funciones constructiva que les corresponden!

Basta ya, camaradas, de dolorosas pignas entre hermanos. Basta ya de política suicida. Ha sonado la hora de la verdadera unidad: la hora de la alianza revolucionaria C. N. T. - U. G. T.